

BREVE HISTORIA de la...

ALQUIMIA

Luis E. Iñigo Fernández



Desde Egipto y Hermes Trimegisto hasta Roger Bacon, Paracelso y la Revolución Industrial. La sorprendente historia de las disciplinas herméticas que en Oriente y Occidente combinaron superstición y ciencia en busca de la Piedra Filosofal o el elixir de la vida

BREVE HISTORIA DE LA ALQUIMIA

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la alquimia

Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-934-7

Libro electrónico: primera edición

A mi gran amiga Maite,
una verdadera alquimista,
capaz de transmutar en el oro de la esperanza
el plomo del pesimismo.

Índice

Prólogo

Capítulo 1: ¿Qué es la alquimia?

Refutando errores

El trabajo del alquimista

Un poco de historia

Capítulo 2: Los orígenes de la alquimia

Un vocablo de oscuras raíces

Entre la historia y la leyenda

A pesar de todo, la historia

Capítulo 3: La alquimia en las antiguas civilizaciones mediterráneas

La tierra entre dos ríos

El país del Nilo

Alejandría, madre de la alquimia

Capítulo 4: La otra alquimia

La alquimia china

El país del Indo

Capítulo 5: La alquimia musulmana

El pueblo del desierto

De aprendices a maestros

Los grandes alquimistas

Los alquimistas andalusíes

Capítulo 6: Los albores de la alquimia occidental

La recepción del arte sacro en la Europa medieval

Los monjes alquimistas

La alquimia sale de la Iglesia

El arte sagrado en los reinos hispánicos

Capítulo 7: La alquimia renacentista

El nuevo amanecer del arte sagrado

Magia y alquimia

Paracelso, el alquimista errante

La alquimia en la corte. Adeptos e impostores

Los alquimistas pragmáticos

Capítulo 8: La alquimia en la era de la razón

Buenos tiempos para el arte sagrado

Fronteras difusas

El misterio de los rosacrucres

El siglo de las luces

La alquimia en la España de los siglos XVII y XVIII

Capítulo 9: De la agonía a la resurrección. La alquimia en el mundo contemporáneo

Al borde de la extinción

Fulcanelli

Los adeptos de nuestros días

La vigencia del arte sagrado

Breve diccionario de términos alquímicos

Bibliografía

Prólogo

Nos encontramos ante una obra que busca de forma auténtica hacer algo que llamamos habitualmente desmitificar, y a desmitificar de alguna manera se dedica.

Si uno escucha o lee la palabra *alquimia* para que a continuación se le hable o se le escriba para convencerle de que no es un asunto de chalados que buscan en lo oculto hasta al asesino de Kennedy, lo que uno intuye es que le van a embauchar o, como poco, le van a tener por un presunto estulto. Pues bien, Luis Íñigo, el autor de este notable volumen de la colección Breve Historia, tan poco dada a los títulos aparentemente esotéricos, falsamente misteriosos, consigue, con la categoría habitual de sus escritos, desmitificar todo un sistema de conocimiento que al menos merece un respeto y desde luego que el lector siga leyendo, si no estas frases sí al escritor, al literato.

¿Y qué hace nuestro autor para lograr ese fin tan enjundioso? Pues, muy sencillo, limitarse (es un decir) a demostrar que la alquimia es mucho más que la obsesión de magos o hechiceros medievales que buscaban una sustancia capaz de transformar en oro cualquier metal. También consigue enseñarnos, además —atención—, que tampoco es la alquimia, sin más, el antecedente folclórico y acientífico de la química. Nos aclara, por último, que se trata de una visión del mundo, una filosofía, en el sentido amplio del término, que impregnó la concepción humana de la naturaleza hasta el siglo XVIII.

El habitual rigor de la colección se vuelve a encontrar de frente para asirla de la mano con la buena literatura,

aprovechando el carácter novelesco al que cada vez más la Historia, con mayúsculas, se ve noblemente relegada: la novela de la realidad de los seres humanos, el cuento cierto contado a todos los hombres, sin exclusión, por medio de la capacidad divulgativa, en este caso, de un escritor de verdad: Luis Íñigo.

Contigo, ante ti, lector, la alquimia, su historia. Disfrútala con la misma intensidad que la ha disfrutado quien esto escribe, cuando casi podía ver cómo se iba plasmando...

José Luis Ibáñez
Director de la colección Breve Historia

1

¿Qué es la alquimia?

REFUTANDO ERRORES

Si les parece, queridos lectores, daremos comienzo a este pequeño libro realizando, siquiera de forma figurada, un pequeño experimento. Salgamos un día a la calle, bien de mañana, como alquimistas en busca del rocío impregnado del influjo celeste, y escojamos al azar, sin tomar en consideración su edad, su sexo o su aspecto, a unas cuantas personas. Nuestro objetivo no será otro que el de hacerles una sencilla pregunta, un simple interrogante que podríamos formular en los siguientes términos: «¿Sabría usted decirme qué es, o qué fue, la alquimia?».

Muchas respuestas —siempre sucede así— habría que ubicarlas, sin más remedio, en el apartado «no sabe, no contesta». Olvidémoslas, si me lo permiten, pues nada van a aportar al éxito de nuestro humilde ensayo. Centrémonos, pues, en el resto, en las que nos han dado las personas que sí saben, o creen saber, lo que es, o era, la alquimia.

Hagamos entonces una simple apuesta. De todas estas personas, la inmensa mayoría, si no todas, nos habrá respondido, con alguna que otra ligera variación, algo así como: «Sí, por supuesto, era eso que hacían en la Edad Media los magos o hechiceros que buscaban una sustancia capaz de transformar en oro cualquier metal». En el mejor de los casos, nos encontraremos también alguna alusión a la piedra filosofal; quizá, incluso, al elixir de la vida. Y si, por

una notable casualidad, se encontrara entre nuestros entrevistados algún químico o farmacéutico, hasta es posible que atribuyeran a la alquimia el honor de haber servido como antecedente, eso sí, sin ningún carácter científico, a sus respectivas disciplinas.

Por supuesto, algo de verdad se esconde tras esta concepción popular de la alquimia. Pero se trata, siendo benévolos, de una verdad truncada, parcial, tan incompleta que se aproxima peligrosamente a la mentira. En realidad, considerar que los alquimistas no eran sino una suerte de locos paranoicos que dedicaban toda su vida, y en ocasiones incluso la perdían por ello, a perseguir como único objetivo la transformación de los metales en oro es hacerle a la alquimia tanta justicia como se la haríamos a un plátano despreciando su fruto para comernos la piel.

Quizá convenga precisar esta afirmación. Es cierto, no cabe negarlo, que los adeptos a la alquimia dejaban transcurrir la mayor parte de su tiempo en sus laboratorios buscando con tesón la sustancia capaz de transmutar en oro el plomo y los demás metales tenidos por innobles. Es necesario, sin embargo, introducir en ello algún matiz. Primero, porque no era eso lo único que perseguían, sino que les interesaban también otros objetivos, como el elixir de la vida o *aurum potabile*, capaz de servir como medicina universal; la creación artificial de seres humanos, los llamados *homúnculos*, e incluso la obtención de sustancias provistas de utilidad práctica en el terreno de la cosmética, la minería y hasta la guerra. Y segundo, y más importante, porque al hacerlo no buscaban, en modo alguno, enriquecerse, a sí mismos o a otros, fabricando por quintales el dorado metal. Bien al contrario, el hallazgo de la sustancia milagrosa, que podía transformar el plomo en oro, no tenía para ellos un significado distinto del de probar que habían logrado algo mucho más sustancial, que era lo que de verdad perseguían con sus experimentos: cruzar las

puertas de un mundo de conocimiento superior vedado a los simples mortales; comprender así las verdaderas leyes que rigen la naturaleza, y acceder ellos mismos a un estadio superior de conciencia, donde dejarían de ser hombres para transformarse en auténticos demiurgos, excelsos ayudantes del Creador en la tarea de conservar y perfeccionar el universo. La alquimia, la auténtica al menos, no era asunto de magos o hechiceros, y menos aún de oportunistas o de falsarios, sino de verdaderos filósofos.

Hemos dicho la auténtica, porque entre los que pasaban por alquimistas no faltaron en todas las épocas auténticos embaucadores, presuntos adeptos al llamado arte sagrado que no buscaban en realidad otra cosa que enriquecerse fácil y rápidamente, haciendo creer a otros, casi siempre ricos y poderosos, que se hallaban en posesión del secreto del polvo de proyección o piedra filosofal, y obteniendo así, de ellos, la ocasión y los medios de vivir a cuerpo de rey sin más trabajo que alimentar, de vez en cuando, las vanas esperanzas de sus crédulos mecenas. Pero estos *sopladores*, como se les llamaba en la Europa medieval en alusión al ahínco con que soplaban los fuelles que alimentaban el fuego de sus hornos, no eran auténticos alquimistas. Y tampoco lo eran los conocidos como *arquimistas*, quienes, más honrados que los sopladores, abrazaban de la alquimia tan solo su dimensión práctica, experimental, entregando su vida y sus esfuerzos a la obtención de oro o de otras sustancias, sin caminar a un tiempo por la difícil senda del perfeccionamiento espiritual, ineludible para el verdadero adepto.

Por esta razón, volviendo a la concepción popular de la alquimia, tampoco puede ser considerada, sin más, la antepasada irracional y precientífica de la química. No cabe negar, por supuesto, que ambas comparten algunos rasgos. Una y otra se valen de herramientas y técnicas similares y desarrollan sus trabajos en un laboratorio dispuesto de un

modo parecido. Pero mientras la química es una *ciencia sin conciencia*, hija de un mundo en la que razón y fe marchan de espaldas por caminos diferentes, la alquimia es inconcebible sin las creencias filosóficas que la acompañan y le proporcionan todo su sentido. Además, la química, en tanto que ciencia, no se conforma con comprender la naturaleza; busca dominarla, someterla a la voluntad del hombre. La alquimia, por el contrario, trata también de entenderla, pero con el único fin de colaborar con ella.

Para terminar, tampoco fue la alquimia un fenómeno exclusivamente medieval. Si así hubiera sido, esta historia sería demasiado breve incluso para la colección de la que forma parte. En realidad, los primeros pasos de la disciplina son tan antiguos como la humanidad misma, y se remontan, como demostrara varias décadas atrás el prestigioso antropólogo rumano Mircea Eliade, a la Prehistoria, cuyas diversas mitologías engendraron buena parte del universo mental en el que se movieron durante milenios los alquimistas de toda procedencia geográfica y cultural. Y es que el mito se halla íntimamente ligado a las raíces de unas prácticas cuyos orígenes ciertos desconocemos, ya que sus adeptos mostraron siempre muy poco interés en hablar de sí mismos y de su arte con claridad, bien porque de ese modo se protegían del posible acoso de los poderosos, siempre ávidos de apoderarse de sus secretos, reales o figurados, que de los dos hubo, bien porque así se aseguraban de que accedían a ellos solo las personas dignas de perseguir y alcanzar sus elevados fines. Sea cual fuere la verdadera razón de esta oscuridad de los textos alquímicos, las prácticas habituales en ellos, como cambiar el nombre de las operaciones, alterar su orden, valerse con generosidad de símbolos o criptogramas, o incluso renunciar por completo a la palabra escrita, han servido muy bien a su objetivo, pues solo con grandes conocimientos de la disciplina es posible adentrarse en sus documentos con

unas ciertas garantías de comprender mínimamente su contenido.

En cualquier caso, como más adelante iremos viendo, si bien es cierto que la alquimia vivió su era dorada en la Europa de los siglos xv al xvii, mucho menos en la Edad Media que en la Moderna, no lo es menos que alquimistas hubo ya en Mesopotamia y en Egipto, en la India y en China, entre los griegos y los romanos, y que no faltaron tampoco después del siglo xviii, cuando, al calor de la Ilustración, la eclosión de las ciencias experimentales condenó a la marginación a la alquimia, expulsándola de las universidades y motejándola de conocimiento esotérico propio en exclusiva de falsarios o iluminados. Incluso en nuestros días, cuando los omnipotentes adalides de la ciencia y la tecnología parecen tener respuesta para cualquier interrogante que brote de la inquieta mente del hombre, la alquimia continúa existiendo, y no dejan de buscar sus seguidores, siempre insatisfechos con los dictámenes del conocimiento establecido, su propio camino hacia la verdad.

Por último, para concluir esta breve reflexión inicial sobre el concepto de alquimia, es necesario resaltar también su carácter de disciplina compleja, poliédrica, capaz, por tanto, de albergar en su seno interpretaciones diversas y corrientes distintas. Adeptos tuvo el arte sagrado — Paracelso, el famoso médico y alquimista suizo del siglo xvi, es, con mucho, el mejor ejemplo— que se interesaron más por usar sus vastos conocimientos acerca de las diferentes sustancias minerales y vegetales para elaborar recetas que mejorasen la salud de las personas, curando con mayor eficacia sus enfermedades y prolongando con ello sus vidas. Los hubo también que, como hizo el alemán Johann Rudolf Glauber en el siglo xvii, dedicaron sus esfuerzos a sintetizar en sus laboratorios tinturas nuevas, cosméticos más efectivos, aleaciones más resistentes y ligeras, e incluso

explosivos más potentes, y no tuvieron después reparo alguno en patentar sus descubrimientos y enriquecerse con ellos. Y no faltaron, por último, alquimistas —entre ellos John Dee, prestigioso matemático y astrónomo inglés del siglo XVI— más preocupados por la dimensión espiritual de la disciplina, que practicaron en todo momento como un camino de perfeccionamiento personal, que, solo de forma accesoria, requería de experimentos en el laboratorio. Y es, precisamente, de esta riqueza de la alquimia de la que deriva su importancia, no siempre reconocida, en la historia de la ciencia y el pensamiento humanos y su trascendencia misma como objeto de estudio, pues de cada una de las corrientes citadas nacería, al correr de los siglos, una rama de la ciencia o la filosofía modernas. La alquimia de los medicamentos, llamada también espagiria, terminaría por dar lugar a la química farmacéutica o iatroquímica. La alquimia de los metales se transformaría con el tiempo en química experimental. Y la alquimia espiritual alimentaría, de algún modo, el interés de toda una escuela psiquiátrica que, con el conocido médico y ensayista suizo del siglo XX, Carl Gustav Jung, fundador de la denominada Psicología Analítica, a la cabeza, se preocuparía por la existencia del inconsciente colectivo y la forma en que se manifiesta en los individuos entregados a las prácticas de esta índole.



Rodolfo II, soberano del Sacro Imperio entre 1576 y 1612, en un grabado de la época. Su reinado convirtió a Praga, donde tenía su residencia, en una suerte de capital mágica de Europa. De carácter melancólico, descuidó las tareas de Estado en favor de las artes y las ciencias, pero también de la magia y de la alquimia. En su corte proliferaron los científicos de valía, como el astrónomo Johannes Kepler, aunque no faltaron tampoco los embaucadores de poca monta que prometían maravillas de todo tipo al crédulo emperador, si bien muchos de ellos, quizá la mayoría, acabaron languideciendo en las mazmorras del castillo de Praga.

EL TRABAJO DEL ALQUIMISTA

Ya sabemos, a grandes rasgos, en qué consistía la verdadera alquimia, pero ignoramos aún de qué modo se desarrollaba el trabajo de los alquimistas. Para descubrirlo, no tenemos más opción que traspasar las misteriosas puertas del laboratorio y desvelar las tareas en las que en él se afanaban día y noche sus propietarios. Su meta la hemos trazado ya: siempre el polvo de proyección o piedra filosofal; muchas veces, el oro potable o elixir de la vida, y en ocasiones incluso la creación de homúnculos, pero detrás de todo ello, y como auténtica finalidad de sus desvelos, el conocimiento absoluto sobre la verdadera naturaleza del mundo y el perfeccionamiento de sus propias almas mortales. Mas ¿de qué forma trabajaban para alcanzar esta ambiciosa meta? ¿En qué consistían las tareas de un verdadero alquimista?



El laboratorio del alquimista, cuadro de Heinrich Khunrath, Hannover, 1609. Como puede apreciarse, a la derecha aparecen los instrumentos propios del trabajo de un adepto, con sus atanores, matraces y alambiques. En el centro, los instrumentos musicales simbolizan la armonía del mundo. Y a la izquierda, el oratorio, frente al que aparece reclinado el propio alquimista, recuerda que la Gran Obra solo se alcanza mediante la fe, la perseverancia y la gracia divina.

Para entenderlo, debemos primero recordar que, como decíamos más arriba, la alquimia no es solo una realidad práctica que empieza y termina en un conjunto coherente de técnicas experimentales, sino también una concepción omnicomprensiva del mundo, una cosmovisión o, como dirían los alemanes, una *weltanschauung*, una verdadera actitud ante la vida. Es necesario, pues, conocer, al menos a grandes rasgos, en qué consistía esa concepción del mundo para comprender de forma adecuada el trabajo que, inspirados por ella, desarrollaban sus adeptos. Por suerte, se trata de una filosofía de la naturaleza de una notable sencillez y una considerable permanencia en el tiempo. La *filosofía hermética*, pues es así como se la conoce, toma su nombre de Hermes Trimegisto, es decir, el tres veces grande, dios para unos, hombre para otros, nacido de la fusión de la deidad egipcia Thot y la griega Hermes, a quien los alquimistas de todas las épocas consideran de manera unánime, aun reconociendo en ocasiones su carácter mítico, el fundador de su disciplina. Sus postulados, tal como aparecen en el *Kybalion*, una de las obras que se le atribuyen, serían los siguientes:

1. Principio de espiritualidad. El universo es de naturaleza espiritual, no material, pues el cosmos y todo lo que existe en él es una creación de un *todo* espiritual que no puede reconocerse o explicarse. La primera acción creadora de ese ente espiritual e infinito fue la separación

de los dos principios presentes en todos los seres animados e inanimados; la segunda, la formación de los cuatro elementos —tierra, agua, aire y fuego— de los que todos ellos están compuestos en proporciones variables. Nuestros sentidos, que son limitados, perciben únicamente la distinta apariencia que resulta de esas proporciones, pero no su verdadera realidad, que solo los adeptos al arte sagrado son capaces de desentrañar.

2. Principio de correspondencia. Lo que existe arriba, en el macrocosmos, se repite abajo, en el microcosmos. En otras palabras, el hombre puede entenderse como una reproducción a escala del universo, de modo que lo que sucede en el segundo repercute en el primero y viceversa. Este principio tan sencillo es la base, por ejemplo, de la astrología que pretender leer en los astros el futuro del individuo.

3. Principio de vibración. Según los alquimistas, todo se mueve; todos los seres, vivos o inertes, vibran sin cesar, de tal modo que las diferencias existentes entre ellos son resultado de sus distintos niveles de vibración. Estos son mayores cuanto más excelsos o perfectos son los seres. Los seres espirituales vibran a un ritmo muy rápido. Los metales innobles vibran más despacio que los nobles, como el oro y la plata. Basta con incrementar el ritmo de vibración de un metal para convertirlo en oro.

4. Principio de polaridad. Toda realidad tiene dos polos; cada ente, su contrario, distinto en polaridad, idéntico en naturaleza, y ambos se atraen y se armonizan en el equilibrio del cosmos.

5. Principio de ritmo. Entre ambos polos de la misma realidad existe siempre un flujo de energía: lo que va, viene; lo que se marcha, regresa; lo que sube, baja. Toda acción provoca una reacción, y entre ambas surge y se mantiene el equilibrio.

6. Principio de causa y efecto. La causalidad no existe; es solo el nombre que le damos a los fenómenos que se rigen por leyes que desconocemos. En todo hay causalidad, y es, por tanto, posible describir mediante leyes cualquier fenómeno de la naturaleza.

7. Principio de género. En contra de las apariencias, todo lo que existe en la naturaleza posee género; todo es masculino o femenino. Incluso el Creador aúna en sí mismo los dos sexos, fusión a la que debe su eterna perfección. Por ello, el alquimista trata de reunir ambos sexos fundiendo simbólicamente en un ente único, el andrógino o hermafrodita, ambos principios, masculino y femenino.

Sobre estos principios, pilares de la cosmovisión alquímica, se destaca, no obstante, uno todavía más simple sin el cual no podría entenderse en última instancia nada de lo que hacen sus adeptos. De acuerdo con esta idea, en cada fenómeno natural y en cada sustancia se encuentra, en mayor o menor medida, más o menos pura, la materia primigenia, de la que han surgido, por medio de innumerables transformaciones, todos los cuerpos. «De Todo, Uno; de Uno, Todo», sentenció el gran filósofo griego Heráclito de Éfeso en el siglo VI antes de nuestra era.

Esta materia prima, también denominada en los textos alquímicos *semen*, *caos*, *sustancia universal* y así hasta seiscientos nombres distintos, nace de tres principios que se combinan para formar los cuatro elementos que ya conocemos. Los principios son el azufre, el mercurio y la sal, y los elementos, como hemos dicho más arriba, la tierra, el agua, el aire y el fuego. Ni unos ni otros se corresponden, claro, con las sustancias que conocemos habitualmente por esos nombres; se trata de principios filosóficos que simbolizan ciertas propiedades de la materia. Así, el azufre no sería otra cosa que la calidad masculina, cálida, seca, activa y fija de la materia, y el mercurio se correspondería con su calidad femenina, fría, húmeda, pasiva y cambiante,

mientras la sal actuaría como ligazón o equilibrio entre ambos principios. En cuanto a los elementos, la tierra es fría y seca; el agua, fría y húmeda; el aire, húmedo y cálido; y el fuego, cálido y seco. Las propiedades características de cualquier sustancia se explican como consecuencia de la proporción existente en ella de los cuatro elementos y, por tanto, de la relación entre los dos principios. Dicha afirmación es válida tanto para los cuerpos terrestres como para los celestes. Las únicas diferencias son que en estos se halla también presente un quinto elemento, que Aristóteles, el gran filósofo griego del siglo ^{IV} a. C., denominó éter, y que en ellos permanece más pura la sustancia primigenia, notablemente corrompida en los cuerpos terrestres.

En consecuencia, razonan con lógica impecable los alquimistas, debe resultar posible transformar un cuerpo en otro. A priori, al menos en teoría, tendría que bastar con alterar la proporción de los tres principios existente en el primer cuerpo hasta lograr la propia del segundo, modificando con ello sus propiedades en el sentido deseado. Pero el camino preferido por los adeptos al arte sagrado es un poco más complejo. En lugar de trabajar sobre una sustancia para convertirla en otra, la toman como punto de partida para, por medio de una complejísima serie de operaciones, extraer de ella los tres principios que la constituyen y reunirlos de nuevo, esta vez en perfecto equilibrio, pues creen que de ese modo obtendrán la materia primigenia, a partir de la cual podrán obtener luego cualquier sustancia que deseen.

En la práctica, el éxito del proceso debe manifestarse mediante la obtención en el laboratorio de un polvo rojizo, denominado polvo de proyección, aunque en los textos alquímicos se le denomine a veces con nombres tan poéticos como *león rojo*. Esta sustancia, que no es otra cosa que lo que los profanos suelen conocer como piedra filosofal, aunque son muchas las virtudes que se le

atribuyen, desde la fabricación de gemas a la capacidad de generar una luz eterna, prueba su eficacia de una forma tan simple como espectacular: ha de ser capaz de transformar cualquier metal en un oro tan puro como no resulta posible extraer de las minas, el oro alquímico u *oro de los filósofos*.

No pensemos, sin embargo, que la descripción de las características de la piedra, su apariencia o sus propiedades coinciden por completo en todos los tratados alquímicos. En este aspecto, como en tantos otros, se ponen de manifiesto importantes discrepancias. Fulcanelli, el alquimista más célebre del siglo xx, por ejemplo, distingue en sus *Moradas filosofales* tres tipos de piedra. La primera es una especie de sal que, disuelta en vino u otra bebida alcohólica, adquiere un brillante color amarillo. Llamada, por esta razón, *oro potable*, resulta útil tan solo para curar las enfermedades y prolongar la vida, pero en ningún caso permite transmutar los metales en oro. La segunda se obtiene al fundir en el crisol la sustancia salina antes descrita con oro o plata puros. Es el polvo de proyección propiamente dicho, de color rojo o blanco, según el metal utilizado, y apto en exclusiva para la transmutación metálica, pero no como medicina universal. Por último, un tercer tipo de piedra aparece cuando esta alcanza su límite máximo de multiplicación. Entonces adquiere un aspecto fluido y, con él, la propiedad de producir una tenue luz rojiza que no se extingue jamás. Se ha convertido, de ese modo, en una *lámpara perpetua*.

Ahora bien, ¿de qué modo debía proceder el alquimista para obtener la ansiada piedra filosofal? También aquí nos encontramos con respuestas diversas. Los tratados alquímicos hablan de diversas vías, húmedas o secas, lentas o rápidas, adecuadas, unas, tan solo para obtener la transmutación de los metales, otras para lograr la panacea o medicina universal. Pero ni siquiera tales vías agotan las posibilidades del alquimista, que siempre podía probar su

propia y particular receta hacia el éxito. Lo mismo sucede con las tareas concretas que el adepto había de poner en práctica en su laboratorio. Algunos tratados hablan de ocho operaciones sucesivas, mientras otros llegan a mencionar doce, pero la mayoría de ellos reducen su número a siete (calcinación, putrefacción, solución, destilación, conjunción, sublimación y coagulación), ya que se consideraba que cada una de ellas se desarrollaba bajo el influjo de uno de los siete *planetas* de la astrología clásica: Mercurio, Saturno, Júpiter, Luna, Venus, Marte y Sol. No obstante, una vez más, tampoco estas siete operaciones o regímenes son descritos del mismo modo ni en el mismo orden por todos los autores. La obra inglesa del siglo xvii *Entrada abierta al palacio cerrado del rey*, firmada por un tal Iríneo Filaleteo, es, de hecho, una de las pocas en que se exponen con alguna claridad y se describen también minuciosamente los procesos que en ellas tienen lugar y los colores que van apareciendo en cada momento.

Porque, en cualquier caso, en lo que todos los tratados coinciden es en que, a través de las sucesivas operaciones o regímenes, fuera el que fuere su número o denominación, la sustancia de partida sufría sucesivos procesos de disolución y coagulación —la fórmula *solve et coagula* pasaba por ser, para todos los adeptos, la más perfecta síntesis del procedimiento alquímico— y tanto su color como su misma naturaleza debían modificarse, poco a poco, para pasar del negro inicial al rojo característico del polvo de proyección. En esa transformación gradual solían distinguirse tres fases:

* **Nigredo** o melanosis, llamada en los textos alquímicos de muchos modos, pero con mayor frecuencia *la cabeza del cuervo*. Es el estadio inicial, que toma su nombre del color negro que adquiría al pudrirse la mezcla que servía al alquimista como punto de partida de su trabajo. Desde un punto de vista simbólico, aludía al caos primordial del que había surgido el cosmos. En ella se producía la *separatio* o

separación de los tres principios: mercurio, azufre y sal. Si el alquimista no lograba la aparición de este color negro, debía volver a comenzar su labor, pues ello indicaba que la mezcla no era la adecuada a sus características personales o que las condiciones meteorológicas o astrológicas no eran favorables.

* **Albedo** o leucosis, conocida por los adeptos como *el cisne*. Era el estadio que se alcanzaba cuando en la masa negra original surgía al fin un punto blanco del que brotaban, poco a poco, ramificaciones que se iban extendiendo por ella hasta cambiar por completo su color. Simbolizaba la redención de las almas, y en su transcurso debía tener lugar la *purificatio*, es decir, la purificación de los tres principios separados en la fase anterior. Si el blanco que se obtenía era muy puro, podía lograrse en ese mismo instante la transmutación en plata.

* **Rubedo** o iosis. Estadio final, durante el que se producía la reunificación de los tres principios, o *cohabatio*, y, como consecuencia de ella, la ansiada aparición del polvo de proyección, identificado por su color rojizo, color del amor y de la perfección. Esto suponía para el alquimista la prueba incontestable de que había completado al fin la Gran Obra, como habitualmente se llamaba a la obtención de la piedra filosofal.

Algunos autores hablaban de una fase intermedia entre la Albedo y la Rubedo que denominaban **Citrinitas** o xantosis y que se caracterizaba por su color amarillento. Sin embargo, otros, como el mismo Alberto Magno, dominico alemán del siglo XIII proclamado luego santo y doctor de la Iglesia católica, la consideraban más bien un color de mera transición entre el blanco y el rojo. Debe tenerse en cuenta, en todo caso, que la aparición de colores en la materia con la que trabaja el alquimista no representa necesariamente transformaciones en su naturaleza, ya que a lo largo del proceso pueden surgir de manera fugaz infinidad de

tonalidades, hasta el punto de haber merecido de algún autor, más dado a la poesía, el apelativo de *cola del pavo real*. De todos modos, completar estos estadios, fueran los que fuesen, exigía del adepto un paciente trabajo experimental en el que desempeñaba un papel fundamental la materia escogida como punto de partida, el fuego que la calentaba, el horno que la producía y los vasos que habían de servir para dar cabida a las sustancias con las que operaba el alquimista.

La primera materia podía ser tan diversa como distinta la personalidad de los adeptos que se enfrentaban al reto de culminar la Gran Obra. De hecho, no faltan los alquimistas que afirman sin más que se trata de una sustancia concreta que cada uno ha de buscar en función de sus propias características personales, pues lo que a uno sirve puede resultarle a otro completamente inútil. No debe, entonces, extrañar que el proceso de selección sea largo y complejo. El mismo Fulcanelli reconoció haber dedicado a este fin no menos de veinticinco años, y Armand Barbault, alquimista francés de mediados del siglo xx y autor del célebre tratado alquímico titulado *El oro de la milésima mañana*, dijo haber requerido para ello de sus conocimientos astrológicos que le permitieron, al fin, descubrir el lugar donde reposaba la tierra negra con la que comenzó sus trabajos y el día y la hora adecuados para extraerla.



Distillatio, grabado del artista Jan van der Straet que forma parte de su serie Nova Reperta, realizada en la década de 1580. La destilación, repetida cientos o incluso miles de veces, era la operación principal que desarrollaba el alquimista en su laboratorio. A través de ella, el adepto creía posible purificar la materia hasta obtener de ella el polvo de proyección que le permitiría convertir los metales en oro y elevarse espiritualmente hasta acceder a niveles de comprensión de la realidad impenetrables para los simples mortales.

En cuanto al fuego, quizá sea un factor incluso más relevante en el trabajo alquímico. Sin el calor que generaba, no habrían resultado posibles sus delicadas operaciones, tanto más cuando para llevarlas a la práctica con éxito se requería una cantidad exacta de él, ni superior ni inferior, y distinta, además, en cada caso. Pero ¿cómo lograrla sin termómetros con los que medir la temperatura del fuego? Los tratados de alquimia no encuentran otro modo que recurrir a la comparación con los fenómenos naturales para describir la intensidad exacta de calor que requería cada operación, con la falta de precisión que puede suponerse. Así, se explicaba, por ejemplo, que la destilación de líquidos